

MATAR EL TIEMPO

GRANTA

EN ESPAÑOL

Av. Diagonal 361, 2.º 1.ª 08037 Barcelona, España
www.galaxiagutenberg.com/granta | info@granta.com.es

NÚMERO 15: PRIMAVERA 2015

NUEVA ÉPOCA 2

PUBLISHER Joan Tàrrida
DIRECCIÓN Valerie Miles y Aurelio Major
REDACCIÓN Lidia Rey
COMUNICACIÓN Disueño Comunicación, S.L.
PORTADA Torre de reloj destrozada tras terremoto
en Italia, 20 de mayo de 2012
© Reuters / Cordon Press

GRANTA EN INGLÉS

PUBLISHER Y DIRECTORA Sigrid Rausing
JEFA DE REDACCIÓN Yuka Igarashi

www.granta.com

GRANTA BRASIL: www.objetiva.com.br | GRANTA ITALIA: www.grantaitalia.it

GRANTA BULGARIA: www.granta.bg | GRANTA NORUEGA: www.gyldendal.no

GRANTA SUECIA: www.albertbonniersforlag.se

GRANTA TURQUÍA: www.grantaturkiye.com | GRANTA CHINA: www.99read.com

GRANTA PORTUGAL: www.tintadachina.pt | GRANTA FINLANDIA: www.grantafinland.fi

GRANTA ISRAEL: www.grantaisrael.com

Primera edición: marzo de 2015

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Depósito legal: 49. 2004

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-33-6

Fotocomposición: Maria Garcia

Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls

Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona

Printed in Spain – Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, además de las excepciones previstas por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o digitalizar fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

ÍNDICE

- | | | | |
|----|---|-----|--|
| 5 | Tiempos muertos | 101 | <i>Ubi Sunt</i>
9 de diciembre
<i>Javier Marías</i> |
| 9 | ¿Nada es sagrado?
<i>Salman Rushdie</i> | 105 | <i>Ubi Sunt</i>
Flash sobre mi mamá
<i>Aurora Venturini</i> |
| 27 | Autorretrato
<i>Martin Amis</i> | 108 | <i>Ubi Sunt</i>
Breve historia de la muerte
<i>Nir Baram</i> |
| 35 | Diario de un cuento. 1963
<i>Ricardo Piglia</i> | 115 | El murmullo del amor
<i>Seamus Heaney</i> |
| 61 | La hora de Krapp
<i>Anne Carson</i> | 119 | Sultana
<i>Shimon Adaf</i> |
| 75 | Se busca compañía para largo viaje
<i>Ignacio Vidal-Folch</i> | 151 | Signor Hoffman
<i>Eduardo Halfon</i> |
| 82 | Las revenantes
<i>Verónica Gerber Bicecci</i> | 169 | Los años intoxicados
<i>Mariana Enríquez</i> |
| 95 | <i>Ubi Sunt</i>
El barquero ha muerto
<i>Saša Stanišić</i> | 183 | Cartas a Raymond Queneau
<i>Iris Murdoch</i> |
| 99 | <i>Ubi Sunt</i>
Es mi espada del año mil que llora
<i>Victoria Cirlot</i> | 195 | El decimocuarto
<i>Antonio Monda</i> |
-

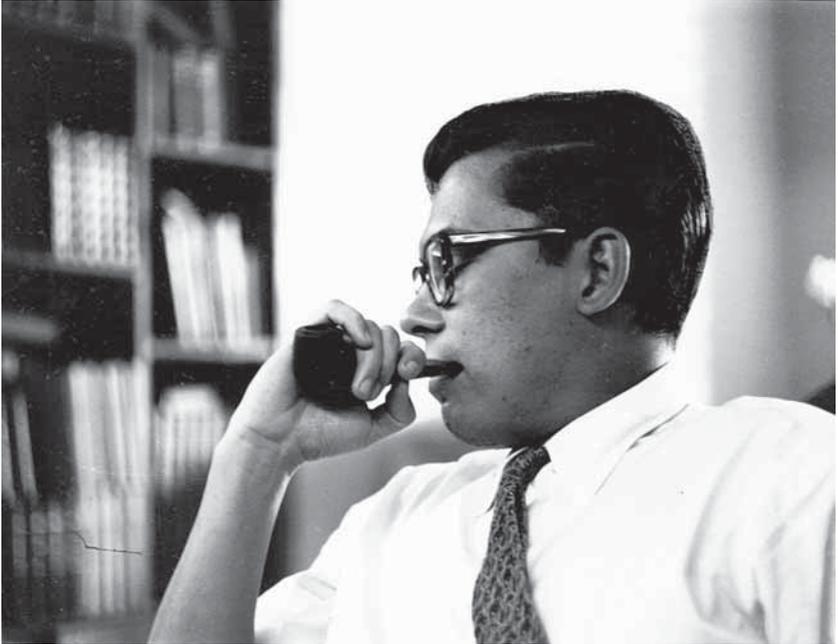
205 **Extraterrestres**
Guillermo Corral

226 **La gran excepción**
Rachel Kushner

215 **Tiempo de esparcir
piedras y tiempo
de juntarlas**
Sergio Ramírez

236 **Dos tiempos**
Guillermo Cabrera Infante

242 **Colaboradores**



DOS TIEMPOS

Guillermo Cabrera Infante

La oculta latiniparla

Había aceptado ir a un simposio sobre el cine y la literatura en el Festival de Huelva por dos razones tan poderosas como la sinrazón: volver a ver un cuarto de siglo después a María Félix, ese mito, y conocer el Puerto de Palos, esa meta. Nunca encontré a Palos. El alud del tiempo lo borró y ya no es más el puerto en que todo comenzó para nosotros, desde donde ese sabio ignorante descubrió el noble salvaje al Renacimiento, creyó que América era las Indias y así convirtió a sus indígenas para siempre en indios y hasta juró que una isla, que con los siglos se creería en su contenido un continente, era de veras tierra firme. (Esas confusiones locales naturalmente terminaron por crear la Confusión Continental: el Nuevo Mundo.) Vi a María Félix sólo de lejos. No tenía que haber ido a Huelva, tan lejana, porque en el aeropuerto de Madrid, tan próximo, tan propicio, tuve a La Doña más cerca que nunca –y hasta recibí un beso innmercido de esta mujer que tuvo que haber hecho un pacto secreto con Venus: está más bella ahora que cuando la conocí en sus cuarenta espléndidos en La Habana hace veinticinco años. No hay duda de que el desvelo de diosa desnuda que le infirió Diego Rivera es su retrato de Dorian Gray. En Huelva (que alguien del lugar calificó con decisivo orgullo natal la ciudad más fea de España y tanto insistió el lugareño –«Sí, señor, la más fea de España»–, que tuve que acudir otra vez a Oscar: «De España no, señor. Del mundo») me encontré en la calle

GUILLERMO CABRERA INFANTE

camino de nuestro coloquio común con Juan Benet, tan alto como distante para quien no lo conoce. Alguien expuso una vez, analogía anémica, que Benet era el Quijote de la novela española actual –que es como proponer que Juan García Hortelano le haga el Sancho a Benet. En realidad Benet es una suerte de De Gaulle literario, tan imprevisible como consecuente consigo mismo y a veces tan altanero como escritor y es comprensible que se ha hecho una casa de campo junto a El Escorial para practicar tierra adentro su hobby marino. (Benet pinta asiduamente minuciosas batallas navales de las dos últimas guerras –que nunca ocurrieron.) Desde que conocí a Benet en Londres me he sentido cómodo en su compañía, tal vez porque a menudo compartimos opiniones contrarias –sobre Jane Austen y los rusos Nabokov, Solzhenitsyn, Turguénev contra Chéjov, etc. Pero como todos los que escribimos y leemos más o menos español alcanzamos siempre un lugar común, que es el Quijote –y en esa lectura individual y múltiple nos encontramos, comentando su comentario quijotesco dicho en Harvard y leído por mí en *Separata* en Sevilla.

Terminado el coloquio entre amenazas de sombras de cine del Tercer Mundo (que nunca soñó Colón en sus peores pesadillas) propuse a Benet que regresara con nosotros a la luz de Sevilla, blanca y amarilla. Aceptó gozoso: un viaje de contradictorios hacia la otra ciudad de Cervantes. Pero en su coche Renault (para no usar más que dos galicismos) no cabíamos todos si viajaban también Emma Cohen y Miriam Gómez –¿y cómo dejarlas fuera? «¿Y si hiciéramos una señoritada?», sugirió sabio y sonriente Benet. «¿Que es qué?», quise saber. «¿Por qué no vamos todos en mi coche y que viajen las maletas solas en tu auto?» Se refería al automóvil con chofer que había puesto a mi disposición el Festival para hurtar dos cuerpos a Huelva. Acepté la proposición que no era una señoritada sino la manera con que Benet, ingeniero de caminos, resolvía un problema logístico de rutas. Rumbo a Sevilla conversamos, con Benet conduciendo espasmódico, siempre hablando vuelto hacia sus pasajeros y sólo ocasionalmente mirando a la carretera jorobada y nocturna. Iba a advertirle que ya nadie conducía así, tan peligrosamente entre Nietzsche y Bogart, ni

siquiera en las películas (ver estrenos). Además las maletas no nos seguían, nos precedían. Nadie nos perseguía. Benet en ese momento estaba diciendo exactamente:

–Vosotros los latinoamericanos...

–Yo no soy latinoamericano –repuse rápido.

El asombro de Benet lo devolvió al camino.

–¿Cómo que no eres latinoamericano?

–No, yo soy cubano. Ahora súbdito de su Majestad la reina Isabel II de Inglaterra y el único inglés que escribe en español, pero conservo la nacionalidad cubana. Soy cubano, nativo y por opción.

–Es que acabo de publicar una cosa sobre los latinoamericanos.

–Soy cubano –insistí.

–Ya sé, ya sé. Pero en este artículo condenaba por ridícula la idea de que pueda haber un latinoamericano que piense como un continente y además tenga un país propio. Por ejemplo, un colombiano que pida a Reagan que se ocupe como presidente de América Latina pero no de Colombia. ¿Qué es entonces América Latina?

Sin necesidad de mirar al camino español me explayé, embalado por ese adjetivo absurdo. ¿Qué quiere decir latino en América? ¿Que habitamos el Lacio acaso? ¿Que somos descendientes directos de Roma, hijos y nietos del romance? La Latina de América debe de venir de lata porque es esto todo lo que da. Cuando me dicen que soy un escritor latinoamericano admito, qué remedio, que soy escritor pero rechazo que me llamen latino. América será un sol o un crisol de razas, pero ¿hay algo más distinto a un cubano que un mexicano o un nativo de Nicaragua aunque sea cardenal? Habrá cierto parecido entre un cubano y un dominicano porque después de todo Cuba y la Hispaniola fueron descubiertas por Colón de un solo viaje. Pero este parecido no es mayor que el que hay entre un guatemalteco y un panameño divididos por la selva, abiertos en canal. Y si Cuba y Puerto Rico son, como dice el verso cursi, de un pájaro las dos alas, lo cierto es que todas las balas parece recibirlas Cuba –o al menos los cubanos. El único país de América que de veras se parece a la minúscula isla en que nació es ese continente dentro de un continente que se llama

GUILLERMO CABRERA INFANTE

Brasil, con sus negros creadores: de religión, de danzas, de música. Pero Brasil no se parece ni a Venezuela ni a Colombia ni al Perú con los que tiene fronteras, ni mucho menos a Bolivia, país hecho de estaño a golpes de Estado. Paraguay y Uruguay como un verso de Lorca, rima en ay, pero ahí termina toda relación posible. Los uruguayos hablan como los argentinos (o tal vez sería mejor decir que dominan el idioma de Buenos Aires) y a menudo se acercan tanto que logran un parecido que termina por ser identidad. Hay escritores uruguayos, como Horacio Quiroga y Felisberto Hernández, que han acabado por adoptar la nacionalidad argentina –después de muertos.

¿Qué queda de este mosaico arbitrario? Ah, sí, preguntarse en qué se parecen Ecuador y Chile, excepto en compartir, como mitades de pan a la salchicha, a Perú con mostaza. Cosa curiosa, ningún país americano quiere parecerse a esa minúscula república, maravillosa y original, que fue la primera en esta parte del mundo en liberarse de Europa, que tuvo presidentes tempranos y reyes tardíos, tiranos y ciudadanos nacidos esclavos, que inventó el vudú, creó los zombies de la nada y recreó la pintura primitiva. (Benet, sin mirar al camino, había visto hacia un kilómetro que hablaba de Haití.) Esa república en que Baby Doc obeso hereda a Papa Doc obseso, no pertenece a América Latina, ni siquiera parece quedar en América por lo poco que importa su destino siempre torcido. Haití es tabú. Pero ¿son latinos los haitianos? ¿Es América latina? ¿Es latina la palabra latina? Nadie sabe. Ni siquiera se conoce cuándo se empezó a usar un calificativo que parece prestigioso y es en realidad una caricatura cruel –casi parece que se quiere pronunciar América Letrina y la mala lengua no alcanza. Alguien tan americano como José Martí, ya en la segunda mitad del siglo XIX, se veía obligado a hablar de *Nuestra América* queriendo decir la otra América. Es evidente que Martí no quería o no sabía hablar de nuestra América Latina. Irónicamente, Martí hacía esta distinción dos años antes de que el congreso de los Estados Unidos votara unánimemente declarar a Norteamérica, entre México y Canadá, los «Estados Unidos de América», apropiándose unilateralmente del nombre de todo un continente llamado

América por una confusión de lecturas. Es en Estados Unidos donde se inventó también llamar Latino «al resto», es decir Nuestra América. Terminé mi perorata de pie:

–Rechazo todo lo Latino como rechacé en su momento esa americanada en París del Boom literario latinoamericano.

–¿Cómo? Pero ¿es que tampoco crees en el Boom? ¿No hay nada sagrado para ti? –Las tres preguntas eran de un mismo Benet que esperaba que rechazara también al Espíritu Santo antes de llegar a la Giralda.

–Creo en el Bloom –le dije y aquí topamos con otro querido que rechazara también al Espíritu Santo antes de llegar a Sevilla.

–Creo en el Bloom –le dije y aquí topamos con otro querido odio de Juan Benet, James Joyce, irlandés errante. Pero ese diálogo interior sobre el *Ulises* quedaría para otro viaje, para otro día. Doomsday, con Benet al volante, queda mucho más cerca que Sevilla.